

demas clases en todo linage de conocimientos, si no con ventaja, al menos sin desaire. No rechazamos, pues, el apoyo de la ciencia; antes bien lo deseamos ardientemente: cuando decimos que la religion no ha menester el auxilio del mundo, no intentamos que deba vivir separada de la luz, ella que descendió del seno de la misma luz.

Pero esto en nada se opone á lo que llevamos establecido sobre su fuerza intrínseca, sobre su vida propia: esto no destruye lo que hemos asentado de que ella de suyo entraña todo lo necesario para grangear á sus ministros la debida autoridad, y levantarlos al alto rango que les pertenece como enviados del Señor. El divino Fundador de la Iglesia no escogió lo que era fuerte en el mundo para la propagacion de su divina enseñanza; plágole escoger lo débil para confundir lo fuerte, valiéndose de la ignorancia para humillar la ciencia, de la pobreza para abatir el orgullo del rico; y proponiéndose cambiar la faz del mundo, encomendó la gigantesca empresa á doce hombres, sencillos, rudos, sacados de las infimas clases del pueblo. A pesar de las cavilaciones de los filósofos, de la resistencia de las pasiones, de los esfuerzos de los poderosos, de la obstinacion de los sacerdotes idólatras, del tenaz empeño de los príncipes, y de los amados recursos de infierno, la religion se extendió, se arraigó, echó por tierra los altares de los ídolos, derribó sus templos, se apoderó de las escuelas, cautivó el ánimo de los sábios, triunfó de las pasiones, corrigió las costumbres, y no paró hasta sentarse en el trono de los Césares, haciendo que la enseña de salud flotase en el Lábaro de los emperadores que por espacio de tres siglos habian entregado á los tormentos y á la muerte innumerables cristianos. Lo que era entonces, lo es hoy, y lo será mañana, y continuará así hasta la consumacion de los siglos. El cielo y la tierra pasarán; pero mis palabras no, dijo el Divino Maestro; y sus profecias se han cumplido, y cuantos proyectos, cuantos planes se han trazado para sacarlas fallidas, todos han servido á manifestar con cuánta verdad dijo el sagrado testo: que los pensamientos del mortal son vacilantes, y que sus providencias son inciertas.



## IMPUGNACION

### DE UN ARTICULO DEL CONSERVADOR

TITULADO:

## ESPAÑOLES-AMERICANOS.

Tomamos la pluma para rebatir un artículo de uno de los periódicos mas acreditados de la corte; y escusado es advertir que lo hacemos con alguna repugnancia. El público ha podido conocer que no somos amigos de entrar en polémica con ninguna clase de periódicos, pues que en la temporada que lleva la publicacion de nuestra *Revista*, todavía no hemos trabado ni la mas insignificante disputa, á pesar de que no esquivamos el tratar algunas cuestiones de la mas alta importancia. Sin embargo, y á pesar de que seguimos esta conducta por inclinacion y por principios, y no obstante el respeto que nos merece un periódico como *El Conservador*, en cuya portada leemos cuatro nombres tan distinguidos como son los de sus redactores, apenas hemos acabado de leer el artículo titulado *Españoles-Americanos*, que se halla en el núm. 11 del espasado periódico, correspondiente al día 21 de Noviembre de 1841, nos ha asaltado un irresistible desco de impugnar las opiniones allí emitidas, manifestando las equivocaciones en que, á nuestro juicio, ha incurrido su autor. Estamos seguros, abrigamos la mas profunda conviccion, de que el autor del indicado artículo no ha creído degradar la dignidad española, ni haber en lo mas mínimo el carácter

ter nacional; pero á nuestro parecer lo ha hecho sin advertirlo, y esto basta para que nosotros nos juzguemos con derecho de rebatirlo, ó mas bien que en cierto modo lo consideremos como un deber. Entregado el articulista á reflexiones amargas y desconsoladoras con la noticia de la nueva insurreccion que acaba de estallar en México, y en vista de la profunda anarquía que devora las provincias de América desde que se separaron de la madre patria; al considerar la sangre que se derrama en las eternas querrelas de sus enconados partidos, sus continuas luchas, sus incesantes y siempre renovadas insurrecciones; al pensar que aquella *sociedad es de nuestro mismo origen, que es nuestra propia raza la que en aquellas apartadas regiones se agita y lucha*, afligese con la comparacion de ambos países; comparacion que le induce á tanto mas tristes presentimientos y mas aciagos pronósticos, cuanto está persuadido de que “los males sociales y políticos que sobre ellos y sobre nosotros pesan, “no son solamente producto de circunstancias é influencias esteriores, ni el desenvolvimiento de causas y acontecimientos históricos, “sino que *residen en gran parte en la índole y carácter del pueblo “que constituye estas agitadas y convulsas sociedades.*” Sigue comparando á la raza española con la raza inglesa: hace notar la diferente suerte que ha cabido á las colonias españolas y á las inglesas despues de su emancipacion, y dominado por su pensamiento de la diferencia de las razas, empuñase en encontrar en ella la explicacion de los fenómenos sociales y políticos que se observan en América. Llegando á España, no repara en apelar al mismo principio para señalar una de las principales causas de nuestra deplorable situacion; y valiéndose de espresiones tan duras, que sentimos en el alma el verlas estampadas en un periódico español, y sobre todo, en un periódico tan templado, tan sesudo, y de tanta ilustracion como es el *Conservador*.

Parécianos ver á los extranjeros, á nuestros eternos é injustos destructores, devorar con avidez el indicado artículo, recorrerle una y otra vez con maligna sonrisa, y luego tomar en manos el número del periódico para ostentarle en triunfo, para apoyar en una autoridad española, y de un periódico tan respetable, su dicho favorito de que la Europa acaba en los Pirineos, de que solo por equivocacion pertenecemos á la Europa. Y á esta idea la sangre española hervia en nuestras venas, y latia fuertemente en nuestro pecho el corazón español, y nuestra frente se alzaba altiva protestando contra la inferioridad de nuestra raza; y evocábamos las sombras de los Pelayos, de los Cides, de los Guzmanes; veíamos en torno nuestro á Hernán Cortés con sus prodigiosas hazañas, al Gran Capitan inmor-

talizándose en Italia; á Ercilla peleando de día y componiendo de noche su *Araucana*; á Garcilaso de la Vega cantando sus versos inmortales; y porociendo luego víctima de su arrojo en el asalto de una torre; y á Cervantes asombrando al mundo con su ingenio, y perdiendo una mano en la batalla de Lepanto; veíamos al insigne portugués Vasco de Gama, que los portugueses son tambien de nuestra raza; veíamosle doblando osadamente el cabo de Buena Esperanza, y abriendo un camino para las Indias Orientales; á Magallanes embocándose el primero, en el estrecho que lleva su nombre, en busca de un derrotero para dar la vuelta al mundo, y al español Juan Sebastian de Elcano regresando á San Lúcar; despues de haber medido el primero la redondez de la tierra.

Peró dejando aparte el recuerdo de las antiguas glorias de la raza española, que muy facilmente podriamos todavía realizar con hechos de épocas mas recientes, pasaremos á hacer algunas observaciones sobre el artículo cuya impugnacion nos ocupa. En primer lugar, creemos que es muy equivocado el decir que la raza que en nuestras antiguas colonias se agita, sea raza española. No hay duda que está mezclada nuestra sangre con la suya, dado que no puede ser de otra manera, despues de tres siglos de dominacion y de continuas comunicaciones; pero ¿desapareció, por ventura, completamente la raza indígena? Decir que los habitantes de aquellos países son de nuestra raza, ¿no equivale á decir que nosotros somos de raza árabe por la razon de que los árabes nos sojuzgaron por muchos siglos? Quién dijera que en nuestra lengua y en nuestras costumbres, sobre todo en las regiones meridionales, se encuentran todavía notables vestigios de la nacion dominadora, no se apartaria de lo que muestra la experiencia, y hasta de lo que sin ella conjeturaria la razon; pero de aquí no podria inferirse, ni que los españoles fuesen de raza árabe, ni mucho menos podrian explicarse por semejante causa nuestros fenómenos sociales y políticos.

Todavía nos ha sorprendido mas la opinion indicada, cuando hemos notado que la importancia que se da al carácter de la raza española, en los Estados que un día fueron nuestras colonias, es tanta, que hasta se prescinde en cierto modo de las modificaciones que pudiera haber introducido en ella la diferencia del clima. “Nosotros, dice el *Conservador*, al oesaminar, así los sucesos de la historia antigua, como los fenómenos de la historia contemporánea, “somos hombres que damos mucha importancia á las razas, mucho “mas todavía que á *los climas* y á las instituciones.” Prescindiremos ahora del mayor ó menor fundamento con que se ha estimado la gradacion de la inteligencia y de las disposiciones morales, se-

gun la diversidad de las razas en que se considera dividido el género humano; pero siempre es indudable que en la misma formación de la diferencia de razas ha debido contribuir en gran manera la diferencia de los climas. Todo el linaje humano ha salido de un mismo tronco; luego las diferencias tan marcadas como se notan ahora entre la raza blanca, la negra, la mongola, &c., debe de haber provenido en gran parte de los climas en que han vivido por largo tiempo; climas que influyendo primero en los individuos de un modo poco sensible, habrán debido modificar á fuerza de siglos la fisonomía y el carácter de las generaciones. Así es que si el *Conservador* se hubiese ceñido á razones de clima, y por ellas hubiese querido explicar algunos fenómenos sociales y políticos de los pueblos de América, no lo hubiéramos estrañado tanto; recordando que la propia idea se encuentra tambien en otros publicistas, en cuya opinion es considerada como de mucho peso la influencia de los climas en las costumbres é instituciones. Pero prescindir del clima y atenerse principalmente á la raza, mayormente tratando de la raza española, raza blanca, y que salvas algunas modificaciones, es la misma que la de los otros países de Europa; explicar por este principio los fenómenos sociales y políticos de América y de Europa, y el motivo de la dificultad de la organizacion de un gobierno, nos ha parecido poco conforme á razon; y casi nos atreveríamos á decir que es una de aquellas esplicaciones fatalistas que le ocurren al hombre en un acceso de mal humor, cuando fastidiado, aburrido de lo que pasa en torno de él, desespera del remedio de los males que contempla, y si es bastante religioso para no atreverse contra la Providencia, se desahoga sin advertirlo inculpando á la naturaleza. Y cuenta, que con esta indicacion no pensamos rebajar en nada el mérito del escritor cuya opinion impugnamos, que hasta los escritos de los hombres mas eminentes se resentien de las circunstancias privadas ó públicas en que éstos se encontraron. De otra suerte, ¿cómo es posible que un escritor tan ilustrado tratase tan desapiadadamente á la raza española, con respecto á la capacidad política, olvidando que por las venas de los españoles corre la misma sangre que por las de los otros pueblos de Europa? ¿no advirtiendo que si de alguna diferencia debiera tratarse, no fuera de razas, sino de climas, y que á nadie ha ocurrido jamas el clasificar á los españoles en raza distinta de la de los otros europeos? Camper se ha ocupado en medir los ángulos faciales de las diferentes razas del linaje humano, haciendo observar que están distribuidos en una escala de 75 hasta 90 grados. Los europeos ocupan el primer puesto; siendo comunmente su ángulo facial de 85 á 90 grados; y no

creemos que las caras españolas puedan ser escluidas de esa distinguida categoría. Además, que si fuera verdad lo que algunos sospechan de que los peruanos y mexicanos pertenecen á la raza mongola ó sinotártara, cuyo ángulo facial es solo de 80 grados, quedaria aun mas destituida de fundamento la opinion que impugnamos.

Como quiera, siempre nos parece muy aventurado el buscar en razones de climas ni de razas, las causas de los fenómenos sociales y políticos; no les negamos su influencia, no entraremos en disputas sobre su mayor ó menor predominio; pero sí que afirmaremos que es difícil en extremo el señalar aproscimadamente el grado de esa influencia, y que es poco menos que imposible indicar las épocas y los hechos en que hayan podido ejercer un verdadero predominio. Ora busquemos el desarrollo individual, ora el social; ora fijemos nuestra vista sobre el adelanto del entendimiento en los diferentes ramos de conocimientos, ora atendamos al espíritu de independencia, ó á la afición á las formas de libertad política, vemos que los pueblos de los climas mas encontrados, van presentando la mayor variedad en las fases de su civilizacion; sin que sea dable que las ciencias que se ocupan en estos objetos, puedan encontrar un punto donde afianzar un sistema con alguna seguridad.

¿Qué hombres del mundo están sujetos á mas abyecta esclavitud que los que habitan el país donde fueron las repúblicas de Cartago, y las bulliciosas é indomables ciudades de las costas del Asia, y de las islas de los mares que bañan la Grecia? Y esos griegos ¿son ahora, á pesar de su independencia, son ahora lo que fueron un dia? En los siglos medios, y hasta en la época del robustecimiento de las monarquías europeas, el espíritu de libertad política se agitaba principalmente en Italia; ahora el aspecto de las cosas ha cambiado completamente, y sin embargo, son las mismas razas y los mismos climas. Hubo un tiempo en que las costas de Africa, ahora pobladas de hombres bárbaros y degradados, producian generales como Anibal, y algunos siglos despues sábios tan eminentes como Tertuliano, San Cipriano y San Agustín; hubo un tiempo en que las costas de Asia, ahora sumidas en la mayor prostracion é ignorancia, ostentaban pueblos tan activos é ingeniosos como los habitantes de las famosas ciudades Tiro y Sidon; y en que las innumerables ciudades que poblaban aquellas regiones, brillaban en todo linaje de conocimientos científicos y artísticos, grandándose, junto con sus hermanos de la otra parte del Archipiélago, los griegos, un renombre que habian de pronunciar con respeto todas las generaciones venideras; y todo ha desaparecido de aquellos infortunados países, y el genio de Platon no cierra ya sobre

aquellas hermosas campiñas; y las artes y las ciencias, y todo el esplendor y lujo de la mas rozagante civilizacion, se ostenta en aquellas regiones donde todavia siglos despues del apogeo de la civilizacion fenicia y griega, se abria paso César, con espada en mano, hostigado por numerosas hordas de bárbaros que le salian al encuentro en todas direcciones, y entre las fragosidades y malezas de un terreno inculto, rudo, feroz como sus habitantes. ¿Veis lo que valen los climas y las razas? ¿Veis como las causas de los fenómenos sociales se han de buscar en otras raíces mas profundas? ¿No veis como la ciencia y la ignorancia, la civilizacion y la barbarie, van paseándose alternativamente por diferentes climas bajo los hielos del septentrion, como bajo los ardores del Mediodia?

Sin constituimos defensores del carácter y demas calidades de los habitantes de las antiguas colonias españolas, sin entrar en la cuestion de la superioridad que sobre ellos puedan tener los moradores de los Estados-Unidos, cosas que hasta cierto punto son indiferentes para el principal objeto que nos proponemos, que es la vindicacion de la raza española, haremos notar, sin embargo, que no creemos que ni en esta parte ande muy acertado el *Conservador*, cuando pretende descubrir en la diferencia de las razas, la causa del diferente aspecto que han presentado las dos colonias española é inglesa, despues de su respectiva emancipacion. Por desgracia, es demasiado evidente que mientras la república de los Estados-Unidos se ha elevado en pocos años al mas alto punto de felicidad y de esplendor, y que desde la época de su emancipacion ha pasado rápidamente desde el humilde puesto de colonia al rango de las primeras naciones del mundo, los pueblos que fueron un dia nuestras colonias han caido en la mas profunda y desastrosa anarquía, sin que se vea cuál puede ser el término de sus prolongados padecimientos; y hasta llegando á hacernos desesperar de que puedan constituirse de un modo estable para progresar en la carrera de la civilizacion. Esta verdad la reconocemos en toda su estension, la vemos en toda su negrura; y nos contrista tambien, como al humano articulista del *Conservador*, el que tan maldadada suerte haya cabido á nuestros hermanos de ultramar. Pero lo que no podemos concebir, es que la causa de estos fenómenos se haya de buscar principalmente en las razas, haciendo abstraccion de la influencia del clima y de otras causas sociales y políticas.

El articulista ha señalado, sin advertirlo, una de esas causas, y que á nuestro juicio no es de poca cuantía. Enalzando la superioridad de la raza de las colonias inglesas, manifestó á su vez por el bello resultado que ha tenido en ella la emancipacion; des-

pues de observar que llegaron en poco tiempo, y casi por la natural tendencia de sus costumbres y el natural resultado de su posicion, de su manera de obrar y de vivir, á constituir un Estado floreciente, y á elevarle en pocos años casi al rango de las grandes potencias, continúa en los siguientes términos, sobre los que llamamos muy particularmente la atencion del lector: “Y no data esta fundacion desde los tiempos de su independencia. Puede decirse que “la república anglo-americana ecsistia ya de hecho antes de su independencia. Despues si, ha crecido mas maravillosamente en prosperidad y en poblacion; pero en mucho esta prosperidad y estos adelantos, mas que producto de las nuevas instituciones, han sido obra del tiempo transcurrido, que ha permitido desenvolverse “y fructificar los gérmenes y elementos que abrigaba desde mucho “antes en su seno, una sociedad que mas que colonia, era desde el “principio un Estado independiente y emancipado.” He aqui consignado un hecho, que lejos de probar lo que se propone el ilustrado articulista, contribuye sobremanera á manifestar una cosa directamente opuesta; pues que echa por el suelo la razon de la diferencia de las razas. En efecto, si la sociedad de los Estados-Unidos, *mas que colonia, era desde el principio un Estado independiente y emancipado*; si esto no puede decirse de ninguna manera de las colonias españolas; si éstas no estaban acostumbradas á gobernarse á sí mismas, sino que recibian toda la direccion de la metrópoli, ¿qué extraño que habiéndolas puesto de repente en el goce de la mas amplia libertad política, sin preparacion alguna, ni en las ideas, ni en los hábitos, ni en las costumbres, hayan caido en la mas profunda anarquía, hayan sido víctimas de la mas completa desorganizacion? ¿Acaso no se ha visto siempre que cuando dos pueblos, aunque sean de la misma raza, pasan á una situacion política nueva, están sus agitaciones y su dificultad de constituirse en proporcion con la mayor ó menor preparacion que las haya predispuerto, y con la mayor ó menor rapidez con que se haya efectuado la mudanza? Introducid de repente las formas liberales entre los pueblos que obedecen sumisos á la autoridad del autócrata de Rusia, y vereis cuál será el fruto de emancipacion tan violenta; introducidas en la Prusia, y vereis que sean cuales fueren los inconvenientes que consigo traigan, nunca serán de tanta monta como en Rusia, nunca conducirán á los mismos resultados. Y en tal caso, ¿seria justo apelar á la diferencia de razas para explicar la diferencia de los resultados sociales y políticos? Esta sola comparacion arroja tanta luz sobre la cuestion que nos ocupa, que juzgamos inútil aducir otros hechos, que en abundancia nos ofrecería la historia antigua y la con-

temporánea. No podemos, sin embargo, pasar por alto unar efectión general, que si no nos engañamos, decide por sí sola la cuestión. ¿Cómo es que las revoluciones en los pueblos de Europa han dado resultados tan diferentes de las de los Estados-Unidos? ¿Deberemos también apelar á diferencia de razas? Este hecho, ¿no nos está diciendo que la diferencia de los resultados debe explicarse por causas sociales?

A mas de la causa que acabamos de señalar, y que en nuestro juicio es una de las principales, todavía puede encontrarse otra, y nada despreciable, en la diferencia de las épocas. Cuando ocurrió la revolución de los Estados-Unidos, no se había contaminado la democracia moderna con ese espíritu febril y violento que adquirió con la revolución francesa; todavía no se hallaba estraviada por esa tendencia destrozadora que adquirió con la sangrienta división de los partidos engendrados por la revolución francesa; no había adquirido aquella ferocidad que le inspiraron sus combates interiores y exteriores; no se había manchado con la crueldad de los delirantes convencionales, ni se habían desplegado en su seno las ambiciones militares, escitadas y alentadas por el encumbramiento de Napoleón, y por la fortuna de los generales de su imperio. La revolución de los Estados-Unidos fué un movimiento nacional, fué la esplosion de un sentimiento de independencia y libertad; y cuando el pueblo emancipado trató de constituirse, lo hizo, no por el prurito de vanas teorías, sino satisfaciendo una imperiosa necesidad. Pero ninguna de estas circunstancias concurrieron en la emancipación de nuestras colonias americanas; recuérdese la época de su insurrección contra el gobierno español, y esto será bastante para que se eche de ver, que lejos de ser en sus principios un movimiento verdaderamente nacional, debió de ser el resultado de sugeriones facciosas, atizadas por los gabinetes celosos de nuestro grandor y riquezas, interesados en crearlos nuevas complicaciones y en preparar nuestra ruina; se echará de ver que debieron de tomar una parte considerable los revolucionarios de Europa, que cual ardiente lava se habían desparramado en todas direcciones, ó huyendo del despotismo de Napoleón, ó sirviéndole de instrumentos para abrirle paso por medio de la anarquía. Medítense bien ese conjunto de circunstancias que acabamos de enumerar, y véase como es muy natural todo lo que está sucediendo en las Américas españolas; y como aquellos pueblos incautos pagari con sus tesoros y su sangre el haber dado oídos á sugeriones insidiosas é interesadas, y el haberse arrojado desalentadamente por el camino de las revoluciones. Pero dejemos á los americanos, y pasemos á los españoles, sobre

quienes se espresa el *Conservador* con una dureza que nos abstenemos de calificar. "La masa del pueblo español, dice, es políticamente hablando, indolente, perezosa, abandonada, fatalista. No "gusta el español de obedecer, ni de mandar." Pero si es así, ¿cómo explicaremos, con tanta indolencia, con tanta pereza, con tanto abandono y fatalismo, cómo explicaremos que ese mismo pueblo haya sostenido por espacio de siete años, con un valor, con una constancia, con una tenacidad sin ejemplo, una guerra como la que acabamos de sufrir, y en que lo que principalmente se disputaba el triunfo, eran dos opuestos principios políticos (1)? Si no gusta el español de mandar ni de obedecer, es decir, si le faltan los dos sentimientos indispensables para toda organizacion social, ¿cómo es que en la deshecha borrasca que vamos corriendo hace ya muchos años, á pesar de la parte que en diferentes sentidos ha tomado en la contienda el pueblo español, como lo atestiguan los raudales de sangre española que se han derramado, y cuyos regueros se encuentran todavía por do quiera, si el pueblo español tiene uno de los caracteres distintivos de los pueblos bárbaros, que es el carecer del gusto de obedecer y de mandar; cómo es, repetiremos, que sea nuestro suelo el que menos se ha manchado con los horribles trastornos que ennegrecen y ensangrientan las páginas de las revoluciones de Inglaterra y Francia, de esos países de quienes suele decirse que marchan á la cabeza de la civilizacion?

Traza en seguida el *Conservador* un cuadro de la sociedad española, pretendiendo señalar algunos de sus rasgos característicos; consigna el hecho de lo estendido y arraigado que se halla entre nosotros el espíritu de la democracia, entendiéndola en el sentido social, y luego infiere de aquí que por esto *necesitamos monarquía, poderes tradicionales, familias dinásticas.* ¿Y qué pueblo de Europa no lo necesita? ¿No lo necesita la Alemania, donde solo se encuentran poderes eminentemente monárquicos, tradicionales y dinásticos? Quitadle á la Alemania esos poderes, esos poderes á cuya sombra disfruta tan profunda paz, y se eleva á tan alto grado de prosperidad; quitádselos, y veréis como á pesar de toda su ilustracion y de todas las calidades físicas y morales que querais suponer á la raza alemana, veréis como se hunde en la mas horrible anarquía, y como no acierta á constituirse por espacio de largos años. Y la Inglaterra, esa Inglaterra citada hasta el fastidio como modelo de civilizacion y libertad, ¿no necesita tambien la monarquía, y

(1) La guerra civil entre Isabel II y el príncipe Carlos V, por sostener ambos su derecho al trono, con motivo de la muerte de Fernando VII.

esos poderes tradicionales, y esas familias dinásticas? ¿Qué significa, ó si no, esa alegría y alborozo á que se entrega en estos momentos el pueblo inglés por el nacimiento del heredero de la corona? ¿Qué mas tradicional y dinástico que un país donde no solo está vinculado el trono á cierta familia, sino que hasta podría decirse que casi todos los poderes, todas las riquezas, toda la influencia, se transmiten de padres á hijos en su aristocracia? ¿Qué sucedería en Inglaterra si una revolucion trastornase repentinamente todo el orden de los poderes, si el pueblo se quedase solo, abandonado á sí mismo? ¿Manifestaría acaso la sensatez del pueblo español? ¿Háuse olvidado, por ventura, las catástrofes de su tan duradera revolución?

La misma Francia, que es seguramente el país de Europa donde ha echado mas profundas raíces la filosofía niveladora, no puede tampoco vivir sin poderes tradicionales. La garantía de su unidad, de su poder y de su orden, no está á buen seguro en las instituciones improvisadas por la revolucion; está en la monarquía, en esa monarquía tan combatida por espacio de medio siglo, y que malparada como ha quedado despues de tantos embates, es, sin embargo, la principal prenda de la estabilidad y grandor de la nacion francesa. Cuando la revolucion de 1830 destruyó á la primera rama de los Borbones, arrojando á país extranjero á tres generaciones de reyes; cuando la Francia quedó por algunos días abandonada á sí misma, sin ningún poder tradicional, sin ninguna familia dinástica, ¿qué es lo que hicieron los hombres que se hallaban á su frente, los hombres en cuyas manos estaban los destinos de aquella gran nación? Sea prevision, sea instinto, sea lo que fuere, conocieron, sintieron que el poder para ser acatado y fuerte, debía vincularse de nuevo á una familia dinástica; por eso colocaron sobre el trono á la segunda rama, por eso dirigieron sus ojos á la casa de Orleans, por eso fijaron su eleccion en el duque de Orleans, no á pesar de ser de la familia real, sino por ser de la familia real.

Por la razón que acabamos de presentar, se echa de ver que el necesitar monarquía, poderes tradicionales, familias dinásticas, no es esclusivo de los españoles, sino que esta calidad les es comun con los demas pueblos de Europa. De todos los europeos se puede decir lo que el *Conservador* atribuye tan solo á los españoles: "que todo mando de sus iguales, por blando que sea, suele considerarle al español como tiránico; y que está acostumbrado á mirar el poder á que se somete, como una institucion predestinada á mandar, cuya mision reconoce, pero sobre cuyo origen no disputa; que para obedecerla con gusto, tiene que remontarle á las nubes, que con-

siderarle muy superior á él, elevado sobre él á mucha distancia; que ante la masa general del pueblo, el poder de los reyes pudo haberse considerado como popular, como protector y escudo contra la opresion de otras tiranías bastardas, y sobre todo, mas inmediatas." Y no es que neguemos que en Francia, y en Inglaterra, y en lo restante de Europa, no se dispute sobre el origen del poder y de la soberanía de los reyes; pero lo que afirmamos es, que estas disputas se limitan mas de lo que se cree, á la arena filosófica; que afortunadamente la sociedad no se guía por las convicciones que los filósofos pretenden comunicarle con sus doctrinas; y que obedece mas bien á un hábito, á un sentimiento, que le hace llevara la sumision, y no le presenta el poder como una desigualdad monstruosa, capaz de herir el orgullo y de provocar la resistencia.

Si bien se observa la situacion de Europa y se medita sobre las causas que debilitan el poder, rebajando su prestigio y quebrantando su fuerza, se encontrará que es una de las principales el que haya menguado el sentimiento monárquico, por mas que hasta cierto punto se haya esclarecido la teoría del poder que se llama trono, y evidenciado su necesidad; se encontrará que la monarquía, como ha dicho un escritor célebre, ha pasado del corazon á la cabeza. Afortunadamente, como hemos indicado ya mas arriba, esta mudanza no ha cundido todavía bastante en la sociedad; y ¡ay de los tronos el día en que esto se verifique! el día en que el trono sea para los pueblos como para los filósofos, solo una institucion necesaria, sostenida por las convicciones, no por el sentimiento; el día en que los gefes de las familias dinásticas no sean mirados de otra suerte que como simples gefes del Estado, como los primeros magistrados de la nacion, en la misma línea que lo son los presidentes de las repúblicas; ¡ay de los tronos aquel día! desde entonces habrá caducado su mision, desde entonces no llenarán su objeto, desde entonces podrán ser sustituidos por otra institucion; desde entonces se verificará para ellos en toda su estension y fuerza, aquel dicho célebre: "*Les rois s'en vont!*"

Toca de paso el *Conservador* las causas que han motivado la resistencia que ha encontrado en España el establecimiento del gobierno representativo, y despues de hallarlas en el mismo carácter demasiado democrático del pueblo, y en su apego á los poderes tradicionales, despues de decir que "por eso ha resistido largo tiempo, con un instinto eminentemente democrático, el establecimiento del gobierno representativo," añade: "porque ese gobierno llama al poder á una aristocracia de clase media, cuya dominacion le pesa mas que otra alguna, sobre no creer jamas que ejerza el poder de

“una manera beneficiosa para él.” Tampoco creemos que lo que se llama plebe en España, tenga en contra de las clases medias mas prevencion ni ojeriza que la plebe de otros paises; y si hemos de juzgar por lo que nos van revelando los síntomas que se observan en las otras sociedades de Europa, y particularmente la de Francia, podríamos decir que no es la plebe española la mas inclinada á insubordinacion y resistencia.

En este punto se padece una equivocacion cuando se estudia la historia de España, desde la época en que principiaron las tentativas y ensayos para cambiar la forma de gobierno. Se ha dicho que el poder de las clases medias era débil, que esta debilidad impedia el establecimiento del gobierno representativo, y que una de las diferencias capitales entre España y Francia, era el que en ésta las clases medias colocadas al lado del gobierno, le apoyaban y robustecian para resistir á los embates de los amigos de la restauracion y de los partidarios de la república. Creemos que realmente existe en esta parte una diferencia entre España y Francia; pero no podemos convenir en que esto provenga precisamente del poco número y debilidad de nuestra clase media. Lo que si creemos es, que no se ha comprendido bastante en qué consistía en España la verdadera clase media, y que se la ha limitado en demasia, considerándola encerrada casi en su totalidad en las grandes capitales. El comercio, la industria y las profesiones literarias, he aquí lo que de hecho se ha considerado como clase media: las ideas, las costumbres y las tendencias de aquellas clases, es lo que se ha tomado por tipo en las diferentes organizaciones que se han ensayado, sin reparar en que la nacion española es una nacion agrícola en su inmensa mayoría; y que las ideas, las costumbres y las tendencias de la clase agrícola, era menester que fuesen respetadas, y que se armonizasen del mejor modo posible con las de las otras clases. No se ha visto que contentando á cierta porcion que se llamaba clase media, se disgustaba á otra que con igual justicia podia reclamar este título; y que de esta suerte se elaboraban y hacinaban elementos de discordia, no solamente entre la plebe y la clase media, sino entre las dos fracciones de esta última; y sin advertir que una de estas fracciones, que era la agrícola, tenia siempre á su mano una numerosa clientela. Este es un error en que han incurrido todos los matices del partido liberal español; y por esta causa se ha podido notar el constante fenómeno de que el realismo ha estado en los campos, el liberalismo en las capitales; siendo, ademas, reparable que entre las capitales se han distinguido mas las en que preponderaban aquellas clases, á las cuales hemos dicho que se habia concedido mas influencia y predominio.

Estas indicaciones, que podríamos desenvolver estensamente si lo consintiese el objeto de este escrito, manifiestan bien claro que la diferencia entre la clase media española y la francesa, no es tal como se la ha querido explicar; y que mas bien deberia decirse que nuestra clase media es débil por poco compacta, que no por poco numerosa; y que nuestros fenómenos políticos no deben precisamente explicarse por la lucha de la plebe contra la clase media, sino por la lucha de una parte de la misma clase media contra la otra. El día que un gobierno bastante sábio y previsor se penetre profundamente de estas verdades; el día que con medidas conciliadoras se hagan desaparecer los elementos de discordia que mas arriba hemos indicado; el día que se comprenda á fondo en qué consiste la verdadera clase media española, y se la haga funcionar como elemento de gobierno, aquel día veremos en España un gobierno firme, estable, á la prueba de los embates de las pasiones y partidos, y de las asechanzas de nuestros enemigos exteriores.

No podemos soltar la pluma sin manifestar la estrañeza que nos han causado las palabras en extremo agrias con que el *Conservador* explica la adhesion del pueblo español á la monarquía. He las aquí: “Apenas conoce medio entre el puro absolutismo y el mando absoluto de la plebe. Por abandono, por fatalismo, por instinto de obedecer, prefiere el mando de uno solo.” ¿Tan despojado de convicciones se halla el pueblo español, tan falto de sentimientos hidalgos y elevados, que se haya de decir que en política, en la adhesion á sus reyes, es conducido por abandono, por fatalismo, por instinto? Lo repetimos; nos duele en el alma que semejantes palabras se hayan estampado en un periódico como el *Conservador*; de todo corazón deseábamos que nos fuera posible borrarlas, para que no esparciesen entre nosotros el desaliento, y para que no llegasen á noticia de nuestros injustos detractores estrangeros. Nosotros pescindiremos del mayor ó menor número de partidarios que tenga en España el gobierno absoluto; y considerando tan solo la adhesion del pueblo español al trono de sus reyes, prescindiendo de que el poder real sea absoluto ó limitado, sustentamos que ese sentimiento que tan hondamente arraigado se encuentra en el suelo español, envuelve algo mas que abandono, que fatalismo, que instinto; que la nobleza del sentimiento monárquico español, en nada cede al de otras naciones de Europa, y que si de este sentimiento se envanece los ingleses, no tenemos para qué avergonzarnos los españoles. Si nuestra adhesion al trono fuera por abandono, por fatalismo, por instinto, entonces fuéramos monárquicos á la manera de los musulmanes. En España y en toda Europa se concibe de

otra manera la monarquía. En España hay el sentimiento monárquico en toda su viveza, pero no va acompañado de abandono ni de fatalismo; sino que es aquel sentimiento que pertenece exclusivamente á los pueblos cristianos, que se hermana admirablemente con el sentimiento de la propia dignidad, que está además robustecido con profundas convicciones, que nada tiene de común con la abyecta humillación de los esclavos de Oriente, que es un abundante semillero de pensamientos pundonorosos, y un resorte para nobles acciones, que se enlaza íntimamente con el amor de la patria, que hace llevaderos, suaves, dulces los lazos de la obediencia. La historia de Europa de los tres últimos siglos, es la historia de la monarquía europea; y puede asegurarse que el sentimiento monárquico esmalta las mas bellas páginas de esa historia, sembrando por do quiera sublimes rasgos de hidalguía y de heroísmo.

La misma inferioridad que con respecto á la política descubre el *Conservador* en la raza española-americana, comparada con la inglesa, la encuentra también en lo que toca á los progresos materiales, es decir, en todo lo concerniente á la agricultura é industria. Claro es que según lo que lleva asentado el *Conservador*, este defecto se extenderá también á los españoles; pues que según él, los americanos son de nuestra misma raza. Entiéndese, además, cuál es el verdadero sentido de sus palabras, cuando despues de haber tachado á los americanos-españoles por su indolencia, pondera la tenacidad, el genio emprendedor de los infatigables industriosos septentrionales, y sobre todo, de los ingleses. Es verdad que muchas provincias de España ofrecen en esta parte un espectáculo bien triste, y que tienen sus puntos de semejanza con la que fué América española; pero insistiremos de nuevo en combatir la opinión de que las causas de ese atraso se hayan de buscar en la índole de nuestra raza. No somos de raza extranjera los catalanes; y sin embargo, se halla en Cataluña lo que el *Conservador* admira en los ingleses: "La actividad incansable, la sed devoradora de trabajo y de riqueza, el gusto por las comodidades de la vida y por los íntimos goces del hogar doméstico: ese tenaz espíritu de lenta y perenne conquista con que se asimila, por decirlo así, á la naturaleza que le rodea." Mucho nos agradaría que el articulista del *Conservador* recorriese el principado de Cataluña, para mostrarle en las montañas á nuestros infatigables labriegos, *luchando también con la naturaleza á brazo partido*, para hacerle notar la actividad industrial que reina en nuestras poblaciones subalternas, y para conducirle por fin á la industriosa capital del principado, donde bajo un clima templado y apacible, encontraría la actividad, el movimiento, la

constancia de las grandes ciudades manufactureras que pueblan las heladas regiones del septentrion.

Terminaremos esta desagradable tarea, manifestando la viva esperanza que nos anima de que no se cumplirán los tristes presagios del *Conservador* sobre la suerte de España; no podemos persuadirnos que nos quepa tan negro porvenir como amenaza á nuestros hermanos de América. Ni con respecto á éstos parece probable que no les quede ninguna esperanza de mejora, como muestra temerilo el *Conservador*, cuando afirma la incapacidad radical de aquellos desgraciados pueblos, aplicándoles lo que dice Byron de los pueblos de Oriente: "allí todo es bello *menos el espíritu* del hombre." Palabras terribles para el porvenir de la civilización de un pueblo, y que no quisiéramos que nadie las aplicase al pueblo español, fundándose en las doctrinas del *Conservador*. Pero, no lo dudamos, el *Conservador* sería el primero en rechazar con indignacion tamaño insulto; y si alguno se empeñase en deducirlo de sus palabras, ó retractaría esas palabras, ó buscaría un asilo en la inconsecuencia. Bello fué siempre en España el espíritu del hombre; y bien debe de serlo aun ahora; pues que vemos todavía tan exquisita muestra de espíritus bellos en los mismos *redactores del Conservador*.

